

## CAPÍTULO VIGÉSIMOCUARTO.

En Nápoles.—Serenatas napolitanas.—Los mendigos.—Llegada del "Bolivia."—Excursión vespertina.—La Gruta de Pozzuoli.—La de Seján ó de Posilipo.—La antigua *Puteoli*.—El Anfiteatro.—Otras ruinas.—Los lagos Lucrino y Averno.—Cumes.—La calzada de Posilipo.—Diversas ocupaciones.—El almuerzo de despedida á la familia Miramón.—El embarque.—La despedida.—Nápoles por la noche.

¡**Y**AN pronto como quedamos instalados en el hotel "Vesubio" y presenciarnos la instalación de los otros compañeros en sus respectivos alojamientos, nos dirigimos al muelle para ver si ya estaba anclado nuestro vapor. No había llegado. Se nos informó por el comisionado de la agencia que al día siguiente llegaría. Ocupámonos el resto de la tarde en hacer algunos arreglos en la oficina de la Compañía relativos á la presentación de boletos de pasaje y al cambio que debía hacerse por otros para el viaje de regreso. Terminada esta ocupación fuimos á pasar la hora del crepúsculo en el encantador paseo de la Villa municipal. Lo encontramos tan concurrido y animado como siempre; gozamos con la vista del bellísimo golfo, y al oscurecer observamos la cumbre del volcán enrojando el horizonte con los reflejos de las llamas que arrojaba su ardiente cráter.

Regresando á nuestro alojamiento, una orquesta ambulante de esas que recorren por las noches en Nápoles los sitios más concurridos, habíase instalado delante de la puerta del hotel. Deliciosas son estas serenatas en que muy buenos cantantes acompañándose con instrumentos de cuerda, hacen oír aires nacionales y preciosas canciones napolitanas; á ve-



ces, trozos de las mejores óperas, ejecutados con una maestría que no se oyera cosa mejor en los primeros teatros. Esa gente de Italia vive cantando; el canto es su entretenimiento; el canto, su expresión de alegría; el canto, su manifestación de tristeza; el canto, su fervorosa oración. En Nápoles pululan los mendigos; pero su manera de pedir limosna difiere de la que se usa en otros países. Esos mendigos artistas imploran la caridad cantando. Los veréis en las plazas, delante de los hoteles, en frente de los palacios: después de recrear los oídos de la gente que se ha detenido á escucharles, uno de ellos presenta un pequeño plato ó una charolilla en la cual los *dilettanti* echan una moneda. Estáis comiendo en la fonda, y repentinamente una agradable música y un canto delicioso viene á herir dulcemente vuestros oídos, gozáis un buen rato de aquellas melodiosas canciones, y al terminar se os acerca un hombre de aspecto humilde que os presenta el plato para que depositéis en él vuestro óbolo. No es en realidad una limosna lo que dais, es la recompensa de un servicio. Otro modo de pedir socorro es muy usado en Nápoles. Va uno por la calle, y repentinamente una muchacha de no mal parecer le pone en las manos ó le arroja al coche un primoroso ramillete; aquel obsequio, es la demanda de una limosna; si se acepta, es forzoso dar en recompensa una moneda, cinco céntimos, que equivalen á un centavo nuestro. ¿Quién puede negar tan insignificante socorro á una desgraciada mujer que no encontrando trabajo productivo, recurre á este medio inocente para proporcionarse dinero? Ciertamente es que á veces menudean los tales obsequios y llega uno á fastidiarse de ser así perseguido tan frecuentemente, y se ve precisado á devolver á la muchacha su impertinente regalo.

El día siguiente amaneció como todos en Nápoles, hermoso y sereno: un sol radiante se reflejaba en las transparentes aguas del golfo. Después de haber recorrido un rato en un tranvía diversas calles por donde no habíamos caminado, al regresar nos detuvimos á orillas del mar en el muelle de la Aduana. Deseábamos presenciar la llegada de nuestro inmenso "Bolivia." Serían las diez de la mañana cuando uno

de tantos bateleros que se hallaban esperando carga, nos indicó la dirección por donde se había avistado el colosal *Steamer*. Entramos en el bote de aquel hombre, y fuimos á encontrar el vapor. Media hora después nos hallábamos á bordo del "Bolivia." Los empleados y marineros nos recibieron como á un antiguo conocido. Hablamos con el capitán y con el comisario, quienes nos informaron de que al otro día por la tarde nos pondríamos en marcha. Volvimos á tierra y regresamos á nuestro hotel para comunicar la noticia á los compañeros, á quienes habíamos citado al efecto. Recibieron todos el aviso con alegría; quedó acordado que nos reuniríamos allí mismo al otro día por la mañana, y se dispersaron en seguida para ir á recorrer los lugares que no habían visitado. Nosotros deseábamos también aprovechar el tiempo para hacer una excursión por la parte occidental de la ciudad, por donde habíamos visto muy poco. Almorzamos, y en seguida salimos del hotel. Subiendo al primer carruaje que se nos acercó, emprendimos la marcha.

—A Pozzuoli, dijimos al cochero.

Media hora después rodaba el carruaje dentro de un amplio y larguísimo túnel cuya extremidad no podíamos ver. Estábamos en la Gruta de *Pozzuoli*. Iluminada con luces de gas, podíamos ver en su interior la inmensa bóveda que cubre aquel gran socavón y su pavimento cubierto con lava del Vesubio; dos vías férreas, una de cada lado, abren paso á los wagones de los ferrocarriles urbanos, dejando en el centro un espacio de suficiente amplitud para los coches. La formación de este túnel data de muy antigua fecha; se cree que lo abrieron los de Cumes para comunicarse con Nápoles. Tiene una extensión de casi un cuarto de legua; su anchura no será menor de ocho metros, y de alto mide un poco más.

Saliendo de la gruta, se encuentra inmediatamente una preciosa quinta llamada *Fuori-Grotta*, y tomando por la bellísima calzada que nombran de *Bagnoli*, se llega á una extensa plaza al pie de la colina de Posilipo ó Pausilippo. Allí se ve un camino en zig-zag, que conduce por una pendiente á la celebrada gruta de Seján, á donde no se puede penetrar en



coche. Nos bajamos, y el carruaje fué á tomar otro camino, para ir á esperarnos á la salida de la gruta. Llamamos á una puerta, la cual se abrió. Entramos, y un individuo que salió á recibirnos, echó á andar delante de nosotros para servirnos de guía, mediante una lira que pusimos en sus manos. Cerca de una hora empleamos en recorrer este inmenso socavón, el cual se halla, en lo general, bien alumbrado por frecuentes aberturas en la bóveda ó en las paredes. Mide cerca de un kilómetro de largo; su anchura es de tres á cuatro metros, por una altura mucho mayor. Está revestido con cierta especie de toba de color amarillo, muy semejante en su aspecto á la piedra de travertino. En lo general está muy bien conservado, no obstante que hace muchos siglos fué construido. Se cree que lo mandó abrir Lúculo, para tener comunicación directa con la isla de Nisida. Estrabón afirma que lo hizo construir *Coccius Nerva*. Otros historiadores se lo atribuyen al emperador *Sejón*, de donde ha tomado su nombre. Vulgarmente es llamado hoy la "Gruta de Posilipo."

Llegando á una abertura grande practicada en una de las paredes de la gruta, nos acercamos á observar, y vimos que nos hallábamos á orillas del mar. A corta distancia descubrimos la pequeña isla de Nisida, antiguo cráter extinguido, en cuya cima se ve un edificio de aspecto triste y sombrío. A esta isla se retiró Bruto después del asesinato de César, cuarenta y cuatro años antes de Jesucristo; allí recibió la visita de Cicerón. El edificio que mencionamos es una prisión que encierra más de 900 desgraciados.

Dejando la gruta se toma el camino que sigue la costa del mar y en media hora se llega á Pozzuoli, la antiquísima ciudad fundada por los griegos, que al ser conquistada por los romanos tomó el nombre de *Puteoli*, de donde se deriva su actual denominación. Fué la ciudad comercial más floreciente de Italia en la antigüedad. Las ruinas que de ella existen dan testimonio de su primitiva grandeza. No haremos mención sino del anfiteatro, el más interesante y el mejor conservado de sus monumentos. Circúndalo tres órdenes de arcadas que forman el pórtico exterior. Es elíptico y su ma-

yor diámetro mide 195<sup>m</sup>; teniendo la arena 112<sup>m</sup>. Corredores interiores circulares daban entrada á las localidades, dispuestas en gradería. En medio de la arena existen galerías subterráneas destinadas á las bestias feroces, á las cuales eran entregados los reos que sufrían esta condenación. Allí fueron encerrados San Genaro y otros mártires en el siglo IV. Las bestias los respetaron, y se vieron libres de su furor. A la izquierda de la puerta principal había un acueducto destinado á la conducción del agua para inundar la arena en las representaciones navales. Por el lado del Oriente se descendía á unos corredores subterráneos, cuyas bóvedas espaciales y bien conservadas atestiguan la solidez y magnificencia del edificio: en estos corredores hay reunidos muchos fragmentos de columnas de mármol que decoraban el anfiteatro. Caminando más al Occidente, para lo que no teníamos tiempo, se hallan otras interesantes ruinas como las del templo de Diana y de Neptuno, de forma cuadrada en el exterior y circular por dentro, y las del templo de Serapis, cuya riqueza en mármoles y cuya majestad en la arquitectura hacían de él uno de los más bellos monumentos del arte: todavía existen en pie tres columnas de las que adornaban el soberbio vestíbulo.

Avanzando más en la misma dirección, separados por el *Monte Nuovo* están los célebres lagos el Luerino y el Averno. En este último colocaban los antiguos la residencia de las divinidades infernales: allí estaba la entrada á los infiernos: por una de las grutas laterales de este lago hizo Virgilio descender á Eneas al lugar de los tormentos.

Más allá de los lagos están las estufas de Nerón y el templo de Venus y el de Mercurio y el de Diana, y la tumba de Agripina, y elevándose sobre una colina á orillas del mar, la celebrada Cumes ó Cuma, la más antigua colonia de los griegos en Italia, la que fundó Nápoles, la que propagó por toda Italia el culto de las divinidades griegas; la que sirvió de tumba al último de los Tarquinos; la que venció á los etruscos en la célebre batalla naval que cantó Píndaro; la que vencida después por los samnitas y tomada por los romanos



y saqueada por los sarracenos, llegó á ser en la Edad Media un nido de piratas que al fin destruyeron los napolitanos; no quedando de ella sino escombros esparcidos acá y acullá, y algunos restos de su gran muralla de circunvalación, y los recuerdos de sus magníficos templos, de los cuales algunos fragmentos se conservan en el Museo Borbónico.

Teníamos que regresar á la ciudad, y tomando la dirección de la hermosa calzada de Posilipo cercada de pintorescas villas y de encantadoras quintas, seguimos la orilla del mar, pasando arriba del plano en que se asientan las pintorescas ruinas del palacio de Doña Ana Carafa, que vulgarmente es llamado de la reina Juana. En un punto elevado descubrimos los restos de construcción en donde falsamente se asegura estar el sepulcro de Virgilio. Descendimos en seguida á la vía Mergelina, seguimos recorriendo la Chiaja y poco antes de anoecer llegábamos á nuestro alojamiento. Era la última excursión importante que hacíamos por los alrededores de Nápoles.

Advertidos de que nuestras queridas compatriotas la señora viuda de Miramón y su estimable hija habían llegado á Nápoles con el objeto de presenciar nuestro embarque y darnos la última despedida, fuimos en compañía del Sr. Ibarra á visitarlas, y además concertamos invitarlas para que se sirviesen acompañarnos á tomar el almuerzo al día siguiente. Las apreciables damas aceptaron nuestra invitación.

Por la noche anduvimos recorriendo en compañía de nuestro amigo el Lic. de la Garza, algunas calles de la ciudad, especialmente la muy animada vía Toledo, hoy Roma; entramos en algunas tiendas de comercio, y ya se deja entender que no omitimos detenernos en el magnífico café de Europa, para tomar los famosos helados napolitanos, de celebridad universal tan bien justificada.

La mañana del Miércoles 6 de Junio se pasó en arreglar los últimos preparativos de viaje. Invitados por la señora de Miramón recorrimos en su compañía y en la del apreciable Padre Frías algunas iglesias y otros edificios de la ciudad.

A las doce del día nos reuníamos en la fonda del Hotel

Vesubio, unos diez compañeros á quienes habíamos invitado para almorzar en compañía de la familia Miramón. La mesa fué presidida por el Ilustrísimo Señor Portillo. Los italianos de la fonda nos secundaron en nuestro deseo de obsequiar á nuestras amables compatriotas, y no tuvimos que reprochar nada en el servicio, que fué lo más esmerado posible. Hasta las dos de la tarde permanecimos en la mesa, á cuya hora fué necesario levantarse, porque ya nos esperaban los coches que debían conducirnos al muelle.

A las tres ya nos hallábamos á bordo en compañía de la familia Miramón, que tuvo la amabilidad de ir á estar con nosotros hasta los momentos de levantar anclas el buque. La instalación de los peregrinos no ofreció las dificultades que había presentado en Nueva York; no obstante que en el departamento inferior, había recibido el "Bolivia," más de 500 emigrantes italianos. Se arregló con la administración del vapor que los mexicanos que tenían pasaje de tercera clase fuesen colocados en segunda, para evitar que se mezclaran con ellos los italianos, los cuales quedaron exclusivamente ocupando la última clase.

Todo el resto de la tarde fué empleado en la instalación de los pasajeros. A las siete se dió la orden para que saliesen las personas que no debían quedar á bordo. La familia Miramón se despidió de todos y cada uno de los peregrinos, los cuales manifestaban hallarse muy conmovidos al ver separarse de su lado á las estimables compatriotas de quienes habían recibido tan repetidas manifestaciones de cariño. Nosotros en lo individual sentimos dolor profundo al despedirnos de tan excelentes amigas, acaso para no vernos más. Acompañámoslas hasta el bote en que debían llegar á tierra, y permanecimos sin perder de vista la pequeña barca hasta que desapareció entre las muchas que poblaban la bahía.

A las siete y tres cuartos, la hora del crepúsculo en Nápoles, el Bolivia se puso en movimiento. Minutos después, cuando la oscuridad de la noche comenzó á cubrir los horizontes, principiamos á contemplar un espectáculo sorprendente, que seguimos admirando durante un largo rato. El alumbrado



artificial de la ciudad y de las poblaciones de las cercanías ofrecía un efecto maravilloso. Las dobles hileras de faroles de gas de las extensas calles de Santa Lucía, Chiaja y Mergelina, reproduciéndose en las aguas de la bahía, semejaban una larga procesión religiosa al aire libre; las luces de las calles transversales, que en los movimientos del buque se veían aparecer y ocultarse, hacían la ilusión de fuegos fatuos en un cielo estrellado; el conjunto del alumbrado en aquel inmenso hemicyclo representaba una soberbia iluminación artificial en una noche de gran festividad patriótica. Cuando la distancia nos ocultó la vista de aquella aglomeración de luminaires, el gigantesco penacho de fuego del Vesubio quedó visible solamente en medio del espacio, como una gran tea funeraria suspendida de la bóveda celeste.

## CAPÍTULO VIGÉSIMOQUINTO.

Primer día de navegación.—La Misa á bordo.—Entretención de los peregrinos.—El ejercicio religioso de por la tarde.—Las tertulias por la noche.—La Misa sobre cubierta.—Se descubre tierra española.—Llegada á Gibraltar.—El temporal.—Temores é inquietudes.—El viento disminuye.—El oficio protestante.—Las golondrinas.—Cuatro días de calma.—La tempestad.—Temores de naufragio.—Preparativos alarmantes.—Renace la calma.—La rifa.—La barca del piloto.—Una triste nueva.—La niebla.—¿Sufriremos cuarentena?—Momentos de angustia.—La colisión.—La sanidad.—No hay cuarentena.—Los empleados de la Aduana.—El desembarque en Nueva York.

**A**PACIBLE y sereno amaneció el día 7 de Junio, primero de nuestra navegación. Las aguas azules del Mediterráneo en absoluta tranquilidad semejaban un cielo sin nubes en una hermosa tarde de Abril. La nave se deslizaba rápidamente en aquella superficie tersa é igual como la de un espejo. Apenas se hacía sentir el movimiento en el interior; se creería que el buque se hallaba anclado, si el monótono ruido de los émbolos de la máquina no acusara una actividad incompatible con la aparente inmovilidad del *steamer*. La mayor parte de los perégrinos muy temprano se hallaban sobre cubierta en el lado de popa, conversando alegres y contentos. En la sección de proa, un hervidero de gente italiana llenaba la techumbre del buque: esa abigarrada multitud agitábase en aquel espacio con animación extraordinaria. Hombres de todas edades, mujeres y niños, iban y venían en apretada confusión, conversando unos, cantando los otros, los chicos gritando y todos produciendo una alga-